

Capítulo Uno

La persecución



El niño saltó el muro del cementerio y, nada más poner el pie sobre la hierba mojada, resbaló. Una vez que logró, a duras penas, mantener el equilibrio, echó a correr, esquivando las lápidas, que sobresalían del suelo como dientes podridos.

Tras él corría la criatura, que aterrizó sobre el barro mientras terminaba de transformarse. Inmediatamente, se levantó rugiendo y con sus zarpas afiladas arañó la piel negra de los zapatos, que brillaba bajo la tenue luz del sol. Tan pronto como sus uñas amarillentas arrancaron lo que le quedaba de calzado, emprendió la persecución.

El niño, por su parte, acabó por tropezar y caer, golpeándose la cabeza contra una lápida. Justo en ese momento vio un fogonazo blanco que lo dejó aturdido unos segundos. Se puso en pie como buenamente pudo y se tocó el corte que se había hecho en la frente. Mientras contemplaba el líquido rojo que manchaba sus dedos, oyó un gruñido.

La criatura se plantó delante de él y se le acercó sin dejar de mirarlo. Al niño, aquello le recordó los documentales de animales de la tele, donde había visto cómo los leones acechaban a su presa. Dio un paso atrás y se vio acorralado contra el frío mármol de una lápida con muchos adornos. Estaba atrapado.

La criatura profirió un grito. Su cara comenzó a estirarse hacia delante; los huesos se le astillaron con mucho ruido y al instante adoptaron otra forma; los músculos se le desgarraron y rápidamente



volvieron a unirse a medida que su cabeza cambiaba de forma. De cada poro de su piel le salieron tupidos mechones de pelo.

El hombre lobo, completamente transformado, levantó el hocico y se puso a aullar.

—¡N-nnno! —tartamudeó el niño—. ¡No me mates, por favor!

Quiso huir, pero el hombre lobo lo alcanzó enseguida y le dio un zarpazo.

Cuando el niño cayó al suelo, cuatro rayas rojas empaparon la camisa destrozada de su uni-

forme escolar. Retrocedió arrastrándose por el barro mientras el monstruo olisqueaba el aire. Tan pronto como el olor a sangre le inundó la nariz, el lobo enseñó los dientes y se preparó para abalanzarse sobre su víctima.

En ese preciso instante un ladrido distrajo a la criatura. Al girarse, vio a un diminuto chihuahua que daba saltitos frente a él y se mordisqueaba las patas traseras.

—¡*Fluffy!* ¡Ven, perrito! —gritó una voz a lo lejos.

El monstruo apartó al perrito ladrador de una patada y volvió a concentrarse en su presa. En el momento en que el niño daba un grito, el chihuahua mordió con fuerza al hombre lobo en la pierna antes de desaparecer entre los arbustos.

El lobo rugió de rabia, se dio media vuelta y echó a correr tras el perro.

